

LA ISLA DE TENERIFE EN LOS VIAJES
Y EN LA VIDA DE ENRIQUE STANKO VRÁZ

BOHUMIL BADURA

En 1992 la Fundación Cultural Orinoco publicó en Caracas el libro de Enrique Stanko Vráz, *A través de la América Ecuatorial. Viaje por Venezuela*, acogido con muy favorables, hasta entusiastas reseñas por la prensa venezolana. El libro fue una traducción del checo de una parte, relativa a Venezuela, de la obra más importante y más extensa del mencionado autor, publicada por primera vez en 1900, cuyo contenido, rico de informes de geografía, etnografía, zoología, botánica e incluso lingüística, comprende la descripción del largo y azaroso viaje realizado por Vráz en los años 1892 y 1893 desde el delta de Orinoco hasta el Océano Pacífico, a través del territorio de Venezuela, Brasil y Perú. La obra de indudable valor quedó desconocida al público hispanoamericano casi un siglo debido a la barrera lingüística.

Enrique Stanko Vráz (1860-1932) era probablemente el más notable viajero checo del siglo XIX, siglo en que realizó sus mayores viajes cuyo escenario fueron África, América y los países de Oriente: Japón, China, Borneo, Nueva Guinea, Siam y algunos otros. En el siglo veinte siguió cruzando los mares, visitó algunos países asiáticos y americanos, pero sus viajes ya tenían distinto carácter. Además de viajero Vráz era naturalista erudito, aunque sin educación académica, y escritor muy leído en los países checos. Se destacó asimismo como conferencionista fascinando a los oyentes no solamente en Bohemia, sino también en los Estados Unidos y en algunas capitales latinoamericanas.

A los países checos los tenía por su patria, si bien el verdadero lugar y el país de su nacimiento siguen siendo un misterio, lo mismo que su verdadero nombre. Por razones desconocidas Vráz nunca reveló estas cosas ni a los miembros de su familia. En cuanto a su procedencia, indicaba más a menudo que nació en la ciudad de Trnovo, Bulgaria. Pero

su perfecto conocimiento de la lengua checa parece demostrar que sus padres, o por lo menos uno de ellos, con probabilidad su madre, eran checos. En la lengua checa escribió todos sus libros, colaboraba estrechamente con los museos en Praga, y en esta ciudad, a donde le gustaba regresar de sus viajes, tenía amistades y relaciones que le servían de apoyo en cuanto a la continuación de sus viajes y le ayudaban para que pudiese divulgar sus experiencias y conocimientos adquiridos en distintas partes del mundo. En la capital de Bohemia pasó Vráz sus últimos años y allí también falleció.

En la vida de Vráz adquirió un lugar de importancia siempre reconocida la isla de Tenerife. La visitó tres veces, con estancia cada vez más prolongada. Algunos autores que escribieron de Vráz mencionan su viaje a las «Islas Canarias», como si hubiera estado en todas, lo que no sucedió, aunque el viajero no se limita a alabar solamente a Tenerife, sino extiende su admiración a todo el archipiélago canario. Todos omiten precisar el tiempo que Vráz pasó en la isla y como lo pasó, dejando de utilizar los pocos informes de los casos que se encuentran en su archivo. Dada la escasez de las fuentes relativas a la residencia de Enrique Stanko Vráz en Tenerife traté de aprovechar en esta ponencia los datos relativos a ella en su archivo y en sus obras, y de aportar algunos detalles sobre los preparativos y la cristalización de su proyecto de viaje a la América del Sur.

Vráz vino a Tenerife por primera vez en 1883, después de haber permanecido casi tres años en el norte de África, tratando de penetrar en vano desde Marruecos a la ciudad de Timbuctu, la cual excitaba su imaginación. Al regresar malhumorado y enfermo de su última expedición, se embarcó en Mogador para Tenerife. En aquel entonces permaneció allí sólo ocho días. En una nave inglesa se dirigió de nuevo al Continente Negro, concretamente a Gambia.

Quería hacer excursiones al interior del país para satisfacer, llegando a conocerlo, su curiosidad de naturalista y para ganar algún dinero con los envíos de insectos, peces y otros animales interesantes para los gabinetes zoológicos en Europa. El desempeño de estas actividades fue paralizado por el empeoramiento de su salud, hecho que se repetiría con frecuencia en el futuro. A principios del año 1884 el médico le recomendó el cambio de clima, pero Vráz careció de recursos. «Fácilmente se dice: Vaya a las Islas Canarias», escribió comentando su situación. «Allí mi vida que está por hundirse, sería, claro, salvada. Pero dinero, dinero, donde yo, desaventurado, podría hacerme con él? En el mundo entero no hay a quien podría pedirlo». Luchando con las enfermedades Vráz tuvo que quedarse en África.

En 1886 se trasladó de Gambia a la Costa de Oro. En los días de su relativa mejora trataba de continuar los viajes y cumplir con los encargos de algunos comerciantes europeos, especialmente los del comerciante y zoólogo Václav Frič de Praga, con el cual llevaba frecuente correspondencia y quien le pagaba con la mayor puntualidad posible por sus envíos. El cambio de clima ya no le parecía a Vráz tan imposible. En verano de 1886 participó a Frič su intención de partir para las Islas Canarias ofreciéndole la continuación de sus servicios desde allí. El comerciante le contestó que en Canarias no había casi nada que pudiese interesarle. Lo que sí podría necesitar eran 50 pieles de canarios silvestres y una decena de estos pájaros conservados en el alcohol que debían servir para obtener sus esqueletos. Frič deseaba que Vráz permaneciese en África cuando menos hasta abril de 1887, para cumplir con sus pedidos de insectos, especialmente de las termitas aladas, pero al mismo tiempo comprendía que éste, diezmado por la fiebre y otros sufrimientos necesitaba buscar el restablecimiento. Esperando encontrarlo allí donde el médico se lo recomendó ya hace tres años, Vráz compró el billete para el buque que debía salir de Addah a Tenerife el 23 de febrero de 1887.

«Después de muchos años de viajar por África, debilitado el cuerpo por aquel clima mortal y con el espíritu abatido por las consiguientes fatigas de mis excursiones», recuerda, «llegué por la segunda vez a Tenerife, la más hermosa entre las hermosas islas Afortunadas, dignas del canto de poeta, para buscar allí, y no en vano, alivio a mis males y descanso a mi cuerpo y a mi espíritu».

En los papeles de Vráz no hallé la fecha de su llegada, pero seguramente vino a más tardar el 10 de marzo, ya que aquel día envió la carta de Santa Cruz, pidiendo a Frič el envío de 15 libras esterlinas. El correo funcionaba de maravilla —la carta llegó a su destinatario en Praga dentro de 16 días. Vráz dice que encontró en Tenerife «la más cariñosa hospitalidad». En el Valle de Orotava vivía en la casa de Augusto Méndez de la Guardia, querido por toda su familia. Siendo hombre de buenos modales, culto, con vastas experiencias adquiridas durante sus viajes, alegre y modesto, «don Enrique» pronto encontró amigos en la isla. Sólo de pocos de ellos se conocen los nombres. Aparte del referido Méndez de la Guardia y los miembros de su familia, se mencionan en las fuentes Juan P. Carta, Hardisson y Emilio de Villaralbo, naturalista aficionado que estaba entonces en Santa Cruz, mas cuyo lugar de trabajo era la Academia de Artillería en Segovia.

Vráz se interesaba en Tenerife por las costumbres del pueblo y estudió la flora y la fauna de la isla. Cierta parte de su tiempo dedicaba

al despacho para Bohemia de las colecciones de insectos que había traído de África. Además disecaba para su cliente de Praga, de cuyas compras dependía, los canarios silvestres aunque no estaba en condiciones de satisfacer su demanda que éste subió al envío de cien pájaros, unos cuantos nidos y conjuntos de huevos. A pesar de la advertencia de Frič que el canario silvestre es un pájaro tan corriente en Tenerife como el gorrión en los países checos y que su precio no puede ser mayor que un marco, el hecho de que volvía a pedir su envío e incluso se mostraba dispuesto a subir al doble el precio por las pieles bien disecadas revela que los ejemplares de este pájaro canario faltaban todavía en muchos gabinetes de zoología de la monarquía austro-húngara.

Ya entonces se consagraba Vráz en Tenerife también a su afición de fotógrafo a la cual se dedicaba exitosamente en África. Lo que necesitaba para seguir practicándola, lo pidió a la casa de Liesegang en Düsseldorf, la cual se lo envió a Tenerife mediante la empresa Müller de Hamburgo.

Durante su estancia en la isla empezó a madurar en la mente de Vráz su propósito de emprender el viaje a la América ecuatorial. La idea nació de su correspondencia con el comerciante Frič cuando Vráz todavía estaba en Gambia. En diciembre de 1885 el comerciante le escribió que en el caso de que se decidiese a pasar a Amazonas, tendría para él una misión especial para la cual le enviaría la descripción de cierto pez y del lugar donde fue encontrado. Andando el tiempo la consideración de pasar a la América del Sur ocupaba en los pensamientos del viajero el lugar siempre más importante. Influidor por la lectura de los libros sobre los viajes y sobre las exploraciones en América ecuatorial, algunos de los cuales le fueron mandados por Frič, sus planes evolucionaban. Las reflexiones sobre el viaje a Sudamérica en las cartas de Vráz y de Frič se centraban en la pensada exploración en Brasil, concretamente en la región amazónica de Manaus, de donde, según la noticia que poseía el comerciante, provenía lapidosiren paradoxa, un pez anfibio del que hasta entonces vinieron a Europa poquísimos ejemplares.

Las fuentes localizadas hasta ahora no permiten llegar a conocer con seguridad si Vráz concibió ya entonces, aunque vagamente, el plan de atravesar la parte norteña de la América del Sur. En las cartas que dirigía a Frič de Tenerife en 1887 y también en 1888 se limitó a hablar del propósito de pasar al Brasil, sabiendo, desde luego, que el comerciante no estaría dispuesto a subvencionar el viaje de estudio, sino solamente el que le prometía el provecho. Aun así Frič no se decidió de inmediato, pero la visión y esperanza de que el viajero lograría encontrar el lugar donde vivía lapidosiren paradoxa, de cuya adquisición en mayor número

ro podría lograr buena ganancia, le decidieron a favorecer activamente el traslado de Vráz al Brasil. El viajero, habiendo pasado en Tenerife tres meses, se sentía ya con bastantes fuerzas para volver a África. Antes de partir, envió a Praga un paquete que contenía 24 canarios, un camaleón, 3 tetrodones y algunos ejemplares de las hembras de comejones de distinto tamaño. Otros 15 canarios llevó consigo al buque para disecar sus pieles en el viaje.

Vráz partió de Santa Cruz, acompañado de su sirviente negro Esteban, en junio de 1887 (la fecha exacta y el nombre del barco se desconocen), y en África permaneció hasta septiembre de 1889. Primero arribó a Bathurst en Gambia, visitó sólo de paso a Sierra Leone y Liberia, de donde se dirigió otra vez a la Costa de Oro para continuar allí las excursiones a las selvas del interior y procurarse nuevas adquisiciones zoológicas a fin de mejorar su situación económica en vista de su viaje futuro. Por la misma razón intentaba enviar a Europa también las plantas y objetos etnográficos.

De nuevo en África, Vráz pensaba con frecuencia en Tenerife. La isla era indeleblemente presente en sus recuerdos. Le ayudó a recuperar su energía, lo que ya era suficiente motivo de su gratitud, pero además de esto y del encanto le unía con ella el lazo todavía más sentimental. Lo constituía Clementina, la joven de que se enamoró. Sus anfitriones de Orotava que mantenían correspondencia con él, le enviaban informes relativas a la chica, su «adorado tormento», como la llamó en la carta del 8 de septiembre de 1887 la señora Herminia Ascanio, informándole a Vráz que después de su marcha Clementina se fue a La Laguna y de aquella ciudad a veranear con su familia a la hacienda Las Palmas. Vráz recuerda a su querida en el artículo «Apuntes de un viaje a África» publicado a continuación desde el 30 de septiembre en el Diario de Tenerife. Quizás no carece de interés que el viajero y naturalista checo, autor de diez libros, empezó su labor literaria por una narración escrita en África en la lengua española y destinada a un periódico tenerifeño. Recordando el tiempo pasado en Tenerife, Vráz explica el motivo de su contribución diciendo que entre sus muchos y buenos amigos en la isla halló un interés tan grande por las ciencias naturales y por el conocimiento de África, que se creía obligado, para corresponder a las deferencias de que había sido objeto, a dar a los lectores una ligera idea de sus excursiones, cacerías y colecciones.

El artículo en que relata sus aventuras desde la salida de Accra al interior de la Costa de Oro es buen testimonio de la presencia de Tenerife en su mente y su corazón. En los renglones más poéticos de sus recuerdos revela algo de sus sentimientos que le inundaron una noche de in-

somnio al contemplar el juego de la luz en las copas de los árboles. Sobre mí —cuenta Vráz— «resplandecían con suave luz algunas estrellas, las mismas que alumbran más al norte. ¡Estrellas, salud en mi nombre al alto Pico de Teide al que tanto quiero! En vosotras, hermosas noches tinerfeñas pensé, en aquellas noches alumbradas por el tibio resplandor de la luna, que tanto alegraba mi vista y las comparé con ésta». La comparación no se refería solamente al cielo estrellado, sino también al paisaje. La posición pintoresca del pueblo de Mpraiso en Ocvavu le recordaba vagamente a Orotava, «aunque sin las preciosas vistas del pico, del mar y de las innumerables habitaciones que se destacan como blancas palomas sobre la verde esmeralda de los campos». A veces las menciones de la isla están relacionadas con el comportamiento del sirviente de Vráz, el cual se acostumbró a la comodidad de la vida en Tenerife en tal medida que ya no le resultó tan útil a su amo como antes.

En la Costa de Oro Vráz volvió a estar acosado por las enfermedades y al cabo de trece meses ya estuvo tan exhausto que necesitaba un largo descanso, aproximadamente de un año, según su opinión. Él quien medía casi 180 centímetros de altura pesaba apenas 54 kilogramos. Se veía abatido física y síquicamente. Dónde podría esperar su mejora con mayor probabilidad que en la isla que le devolvió las fuerzas ya el año anterior y en la cual tenía tan amistosas y cariñosas relaciones? De Frič obtuvo la promesa de una ayuda financiera para el viaje al Brasil, mas el precario estado de salud le obligó a posponer la realización del proyecto. A principios de septiembre dijo adiós a África, para no regresar ya nunca a este continente, y de nuevo se dirigió a Tenerife. El día 3 de septiembre estaba todavía junto a la costa de Sahara en el buque Profesor Woermann, como demuestra la tarjeta enviada a Frič. Sus siguientes líneas fueron ya mandadas de Santa Cruz el 10 del corriente mes.

Vráz encontró en la isla el mismo ambiente acogedor del cual había disfrutado en 1887. Pasaba largas horas con sus antiguos y nuevos amigos o simplemente gozando del jardín de la Marquesa de la Quinta, su predilecto lugar de descanso. De nuevo gozaba del encanto brindado por la naturaleza de la isla, por las costumbres y el carácter del pueblo y le enternecían las canciones populares, las malagueñas y peteneras, cuyos textos llenan varias hojas de sus apuntes. Una de ellas la publicó en las páginas que dedicó a las Islas Canarias:

Ni el canario más sonoro
ni la fuente más risueña
ni la tórtola en su breña

cantarán como yo lloro
ay, sí, es verdad,
lágrimas de sangre por ella.

Su romance con Clementina siguió adelante y la noticia de esta relación penetró incluso entre los misioneros que conoció en África. El misionero Bohner comunicó a su colega Ramseyer y su esposa, en calidad de secreto, que Vráz probablemente no iría a Brasil, porque tenía novia que no quería oír de su propósito y él, como pretendiente, ya no estaba libre. Ramseyer preguntó a Vráz, si la noticia de su noviazgo correspondía a la realidad y si ya le podían felicitar. La respuesta de Vráz a Ramseyer no se conoce pero podemos suponer casi con certeza que la posibilidad de renunciar voluntariamente al viaje a América no cabía en sus pensamientos.

La mejora que esperaba hallar en Tenerife debía servir precisamente a preparar las condiciones para la realización de su plan. Aun en estado de su mayor abatimiento, encontrándose todavía en África escribió a Frič que en Tenerife no quería perder el tiempo. Seguramente ya pensaba en procurar allí todo lo que pudiese servirle en su viaje suramericano.

Al llegar a la isla tuvo la suerte de que por el momento inesperadamente resolvió su problema financiero. Su fama de hábil fotógrafo adquirida con toda probabilidad ya durante su estancia anterior, le propocionó un encargo por el precio de 1000 marcos pagados al contado. Más tarde en la carta del 12 de mayo de 1889 dice que va al Pico de Teide y está muy ocupado con fotografiar. Pero durante su estancia en Tenerife sucedió en su labor de fotógrafo un cambio, del que no se dieron cuenta los autores que se ocupaban de la historia de esta actividad del viajero. Vráz empezó a trabajar allí con una nueva cámara, producto, como la anterior, de la casa Liesegang de Düsseldorf. Parece que el tipo de esta nueva cámara que le fue enviada en 1888 o 1889 por la mencionada casa a Santa Cruz no era idéntico al que usaba hasta entonces y que su manejo requería cierto aprendizaje. De otra manera no se explicaría el hecho de que Vráz, a pesar de tener ya varios años de experiencia de fotógrafo, dijera en sus apuntes que acompañan algunas placas, que se trataba de sus primeros ensayos en fotografiar. De su actuación fotográfica en la isla se conservaron cuarenta placas, todavía utilizables. Este ilustrativo testimonio de la presencia de Vráz en Tenerife, omitido hasta hoy por los historiadores de artes y etnógrafos, no carece de interés artístico y documental, ya se trate de vistas del paisaje y sus particularidades, o de retratos de personas, identificadas o

anónimas. Dentro de la primera categoría pueden mencionarse, por ejemplo, vistas panorámicas de Santa Cruz y de la Villa de Orotava, las casas, la plaza, la iglesia y la fontana en Santa Cruz, el mausoleo y la parte del jardín botánico en Orotava. En los retratos de la gente aparecen las personas de distintas capas sociales y la indumentaria de aquella época. Algunas muestras del arte fotográfico de Vráz escogidas entre las tomas hechas en Tenerife llevé para proyectarlas en el simposio.

Entre otros quehaceres de Vráz es posible mencionar su labor literaria. En Tenerife escribió su segunda narración y allí también fue publicada por el periódico *Las Canarias* el 23 y 28 de septiembre y el 3, 8, 13, 18, 23 y 28 de octubre de 1888. Su título es «Mis viajes a los países de Otschi». Vráz habla en este artículo de sus últimas excursiones que emprendió en la Costa de Oro, proporcionando al público una lectura amena y a la vez instructiva. Para el mismo periódico tradujo la carta del científico austriaco Oscar Simony, quien estaba en Tenerife al mismo tiempo y con quien trabó allí estrechas relaciones. Simony, profesor de la Escuela Superior de Agricultura en Viena realizaba en Tenerife las investigaciones espectrográficas, habiendo elegido para ellas especialmente el Pico de Teide. Igual que Vráz, manejaba con habilidad la cámara fotográfica. La empleaba ya para captar los fenómenos físico-meteorológicos, como por ejemplo la sombra del Pico en la llanura de Cañadas-Circus o la formación de la neblina sobre el Taoro-Mulde, ya para fotografiar algunas partes del paisaje y las plantas. Según su informe preliminar presentado el 7 de septiembre de 1889 en la Academia Imperial de Ciencias en Viena, Simony trajo de Tenerife 81 placas fotográficas y aproximadamente 2500 objetos de interés científico de zoología, botánica y geología.

Antes de salir de la isla, escribió al director del periódico *Las Canarias*, proponiendo el arreglo del camino hacia el Roque de Guanchijos (lo que, según su opinión, pudiera lograrse con el gasto relativamente pequeño de 80 a 100 duros), haciéndolo accesible incluso a los más inexpertos turistas para facilitarles una vista verdaderamente imponente. Afirmaba que una vez arreglado el camino se llegaría al dicho Roque fácilmente en tres horas y media desde San Nicolás, «con la ventaja de poder admirar al paso el barranco Hidalgo con sus tres magníficos saltos de agua adornados con lindos helechos y animado por cristalino arroyuelo, como no se encuentra ninguno en el camino del Pico». El profesor austriaco expresó la esperanza de que el director, mediante sus muchas relaciones y con la influencia de su periódico, lograra la realización del proyecto que él acabó de proponer. Vráz acompañó su traducción de la carta de Simony con su recomendación, afirmando que

«el interés del país exige que a los turistas extranjeros se les abran nuevos sitios encantadores para recreo del alma y del cuerpo y para que Tenerife sea lo que es en verano Suiza: no solamente refugio de los enfermos sino sitio de recreo para los viajeros por afición».

Entre los extranjeros que vivían entonces en la isla se encontraba también el príncipe polaco Adam Woroniecki a quien hizo venir allí la esperanza de salvar su vida amenazada por tisis. El príncipe y Vráz llegaron a ser entrañables amigos, hasta el punto de que la amistad le resultó fatal al polaco. En la sociedad tinerifeña aumentó Vráz sus relaciones poniéndose en contacto con los masones. Fue aceptado en la logia de Santa Cruz, lo que le sirvió más tarde para gozar de apoyo de la masonería venezolana.

Según los biógrafos de Vráz y según sus propias palabras quedó en Tenerife, después de su último regreso de África, un año. En realidad sólo 10 meses, un lapso que resultó suficiente para su restablecimiento y preparación del próximo viaje. Éste era el principal tema de la correspondencia mantenida desde Tenerife con Frič. El comerciante seguía mostrando el interés por el envío de las pieles de canarios silvestres y además pidió a Vráz algunas decenas de machos y hembras de cochinita para su colección, pero esto era para ambos un asunto secundario, aunque Vráz no dejaba de satisfacer poco a poco la demanda de Frič. El interés primordial de Frič en sus contactos con Vráz era ya orientado a la esperanza de las remesas brasileñas, especialmente las del raro y por él tan deseado pez anfibio. Con esta visión ayudaba a Vráz enviándole dinero, libros de H. W. Bates y A. R. Wallace, para que los pudiese estudiar en Tenerife, y buena cantidad de direcciones de las personas y establecimientos del Brasil para su mejor orientación. De acuerdo con lo pedido por Vráz compró para él en Praga un fusil de dos cañones, uno de perdigones y otro de balas, los cartuchos para ambos cañones, perdigones de distintos tamaños, un revólver de caballería con su estuche y provisión de 250 cartuchos. Vráz hizo resaltar que el fusil debía estar protegido con el estuche impermeable y que su parte metálica había de ser acondicionada para el clima tropical. El material fotográfico le envió a Tenerife otra vez la casa alemana E. Liesegang de Düsseldorf. Otras cosas que necesitaba, por ejemplo los objetos destinados para el canje, las compró en Tenerife.

Otro paso en los preparativos del viaje a Sudamérica lo hizo Vráz invitando a Jaroslav Brázda, un checo a quien conoció hace años en la ciudad de Tánger, para que le acompañase en calidad de asistente. Brázda aceptó la invitación y llegó a Tenerife a reunirse con Vráz.

La mejora de Vráz continuó satisfactoriamente —a principios de

febrero de 1889, a pesar de que acabó de sufrir el catarro, escribió que ya estaba harto de la vida civilizada y que deseaba partir para la selva brasileña. No obstante, permaneció en la isla cuatro meses más, acabando por decidirse en el mes de mayo que empezaría el viaje de Sudamérica desde Venezuela contra la corriente del Orinoco. A Frič no le gustó este propósito. De acuerdo con el anterior cambio de correspondencia esperaba que Vráz se trasladara directamente a Brasil para llegar lo más pronto posible a Manaus. Vráz explicaba su decisión afirmando que cualquier otra comunicación sería mucho más cara. A este argumento añadía que, según el informe de un culto venezolano con quien se entrevistó en Tenerife, el ansiado pez se encontraba en un afluente de Orinoco. Es probable que aun sin esta entrevista con el venezolano se hubiera dirigido en primer lugar a Venezuela, atraído por el deseo de conocer personalmente los misterios del paisaje que bordeaba al Orinoco, antes de que se trasladara hacia el Amazonas con el fin de atravesar el Brasil a lo largo de este gran río, llegar después a los Andes y cruzándolos alcanzar el Pacífico.

Hacia el 20 de junio (fecha de su carta escrita a bordo) salió en el vapor francés Olinde Rodríguez de Santa Cruz rumbo a la costa venezolana. Además de su asistente Brázda le acompañaba el príncipe Woróniecki quien se unió espontáneamente a su amigo. Su decisión que Vráz no sabía rehusar, resultó desastrosa. Delicada salud del polaco no pudo resistir al ataque de la fiebre que le sorprendió en la cuenca del río Guarapiche donde murió en pocos días.

Vráz contaba con permanecer en América ecuatorial tres años y regresar de allí a Tenerife, a donde, como decía, le llamaba el corazón. Los infortunios iniciales le obligaron a buscar nuevos recursos organizando la explotación del árbol balatá en las cercanías del pueblo Punceres y la venta del producto adquirido. Por esta razón no pudo empezar su soñado viaje desde el delta del Orinoco antes de diciembre de 1892. A Pacasmayo, en la costa peruana, llegó a fines de noviembre del siguiente año. Desde su salida de Tenerife transcurrieron ya tres años y medio. Por la mar volvió Vráz a Venezuela para liquidar el comercio confiado durante su ausencia a su asistente Brázda. De allí, renunciando a su intención original, no regresó a las Islas Canarias, sino partió para Praga, donde un grupo de sus admiradores organizó la exposición de los objetos enviados por él de Sudamérica y adonde importó algunas decenas de animales con la esperanza de iniciar allí la fundación del jardín zoológico.

Vráz cortó la relación epistolar con sus amigos en Tenerife en 1890, supuestamente porque no quería seguir escribiendo de sus contratiempos.

«Se ha deslucido el follaje del árbol de la vida que sigue verde para cualquiera hasta cuando lo mordisqueen las hormigas», escribió desalentado, añadiendo con tristeza al recordar el edén de Tenerife: «No volveré más a visitar el jardín de las Hespérides, jamás volveré a ver el pabellón cercado de rosas amarillas. Asunto acabado».

El último testimonio de su contacto con la isla Afortunada son las líneas de Juan P. Carta, fechadas en Santa Cruz el 25 de octubre de 1890, contestación a lo que le le escribió Vráz el 12 de julio. Refiriéndose a los trabajos que Vráz tuvo que pasar, perseguido por mala suerte y enfermedad, advierte: «África y América parece como que repela la raza europea y más si estos se dedican a grandes viajes y en zonas enfermas. Es natural que así suceda pues el clima con algo ha de castigar la matanza de sus cazas e insectos que V. y otros se permiten en obsequio de ciencia. Pero el clima dice: ¿Que tengo yo que ver con que éste o el otro trate de enriquecer con nuevos ejemplares los mejores gabinetes del mundo europeo?... Hay que resignarse o dejar el campo...» Continuando en este tono le desea a Vráz que cuando reciba ésta, su salud sea tal que pueda perseguir al chacal con tal ardor y hacer tales acopios de ellos como más le convenga a sus fines, «remitiendo a Europa asombrada media América disecada, enfrascada, empaqueada, etc. etc.»

Aunque Vráz ya nunca vio a la isla y a los que allí quería, no dejó de considerar las Canarias como un paraíso, tributándoles homenaje con un capítulo de su primer libro que recogía algunas aventuras e impresiones de sus viajes. En un estilo florido (difícil de traducir) trata de acercar las Canarias a los lectores checos. Después de informarles que las Canarias forman el archipiélago pequeño que cuenta sólo con siete islas e isletas pobladas, mientras que las demás no son sino escollos, continúa en el párrafo inicial: «No obstante, dentro de ese estrecho marco de reinos diminutos y encerrados para sí mismos se ha reunido en un conjunto armónico todo cuanto puede ofrecer el calor del cielo meridional, la naturaleza de los tres continentes, el océano y los agrestes peñascos volcánicos de diversísimas formas que como gigantes se erigen intrépidamente de las profundidades formando valles acogedores con campos verdes y dehesas anaranjadas de las villas costeras. Rodeados del Atlántico, que rompe allí sus poderosas olas argentinas, se levantan orgullosos hasta la altura del Pico de Teide nevado los restos de lo que otrora sería tierra firme más grande. Tal vez el mito de la hundida Atlántida no es mera suposición, por lo menos aquí el océano se ha guardado su parte más hermosa ... En la atmósfera de todo el archipiélago se nota una considerable e imponente calma peculiar de la majes-

tuosa naturaleza en que el pequeño pueblo de los isleños se había edificado su existencia».

Pero no solamente la naturaleza, sino también sus habitantes son dignos de admiración. «Son hombres condescendientes, atentos, hospitalarios y, aunque muy patrióticos, parecen más bien desconformes con las tormentas políticas de su patria más amplia, es decir España... En vano se buscaría en su medio el crimen de vileza, el lodo de desmoralización, el hediondo pringue del proletariado, el pensamiento servil de nuestros pobres o el semillero de la borachera. Lo malo es que ya se han producido los últimos casos mencionados en los puertos adonde llega poco a poco el venenoso aire de Europa». Vráz pone acento en que los habitantes de las islas constituyen de veras un pueblo «y no sólo un rodaje en el ingente mecanismo fabril».

Refiriéndose a Tenerife, Vráz recordaba conmovido las sensaciones que había experimentado después de subir el Pico de Teide, haciendo observar más adelante que no se sentía capaz de expresar adecuadamente lo que le ofrecía la vista desde la altura. «¿Cómo estaría en condiciones», pregunta, «de pintar con mi insuficiente lenguaje humano lo que apenas mi alma supo captar —la belleza que apareció delante de mis ojos? Lo cierto es que solamente a duras penas podríamos encontrar otro sitio con una vista más amplia, y en la superficie reducida de una isla tantos contrastes y cambios. En enormes rocas se amontonan allí una configuración volcánica sobre otra, formando creaciones más bizarras —el valle de sombras estigias. Y abajo, en el fondo mismo, está el majestuoso valle de Orotava. El aire aquí es transparentísimo, de manera que todo: la cordillera lejana, las hermosas islas, La Palma, Gran Canaria, Gomera y las profundas quebradas de abajo, la arboleda en flor, en breve, todo ello compone el cuadro único, como proyectado en una superficie sin dimensiones algunas. Tú, pobre «Praga dorada», envuelta en sucio humo, cuánto bajarías, si te comparasen!»

Vráz —lo sabemos de la biografía escrita por su esposa— quería situar en el «jardín de las Hespérides», como llamaba la islas Afortunadas, el argumento de una novela autobiográfica, pero efectuar éste y algunos otros proyectos literarios la vida ya no le permitió.

En 1933 visitó a Tenerife el hijo de Vráz. Encontró allí a las personas que se acordaban muy bien de su padre y hablaban de él con admiración y ternura. Eran todavía niños cuando el viajero estaba en Tenerife, pero sus recuerdos seguían vivos. Don Adriano, quien conoció al padre del visitante a la edad de doce años, recordaba como éste sabía ganarse el corazón de los niños jugando con ellos y contándoles de los países lejanos. Mencionó asimismo la admirable energía con la cual Vráz ayu-

daba a extinguir el incendio que atacó la propiedad de la Marquesa en la Villa de Orotava, allí donde más tarde construyeron el Hotel Victoria. «Todos le queríamos, en toda la ciudad era muy popular», afirmó.

Una cordial acogida le tributaron al visitante don Tomás y doña Isabel, hijos del señor Méndez de la Guardia. Doña Isabel recordaba con cariño al padre del huésped y por fin observó: «Estaba feliz con nosotros, mas sólo por un tiempo breve. Nuestro mundo le fue demasiado pequeño».

* * *

FUENTES: La ponencia fue elaborada a base de los materiales del archivo de Enrique Stanko Vráz, uno de los fondos del Museo de Náprstek (Praha, Betlémské náměstí 1) y de los siguientes libros y artículos: E.S. Vráz, *Z cest (De los viajes)*, Praha 1897; *U králů temné pevniny. Osm let dobrodružství v Africe (Entre los reyes del Continente Negro. Ocho años de aventuras en África)*, Praha 1941; *Napříč rovníkovou Amerikou (A través de la América ecuatorial)*, Praha 1900; *Apuntes de un viaje por Africa*. In: *Diario de Tenerife*, 30 de septiembre, 1, 4, 5, 10, 12, 14, 18, 25 de octubre de 1887; *Mis viajes a los países de Otschi*. In: *Las Canarias*, 23, 28 de septiembre, 3, 8, 13, 18, 23, 28 de octubre de 1888; *Un proyecto del Dr. Simony*. In: *Las Canarias*, 28-9-1888; *Kaiserliche Akademie der Wissenschaften in Wien, Sitzung der mathematisch-naturwissenschaftlichen Classe von 7. Februar 1889 (Sonderausdruck aus dem akademischen Anzeiger Nr. IV)*; Viktor Vráz, *Dojmy a vzpomínky z Tenerife (Las impresiones y los recuerdos de Tenerife)*. In: *Národní politika*, 10-9-1933; Vlasta Vrázová, *Život a cesty E. St. Vráze (La vida y los viajes de E. St. Vráz)*, Praha 1937; Věra Halászová, *Žáhady v životě E. St. Vráze (Los misterios en la vida de E. St. Vráz)*, Praha, Náprstkovo museum 1992; Pascual Venegas Filardo, *¿Ha leído usted?* In: *El Universal*, 8-2-1993; Olga González, *Vraz: poeta, viajero enamorado*. In: *El Universal*, 21-2-1993; Enrique Stanko Vraz, *un siglo después*. In: *El Diario de Caracas* (fotocopia con omisión de fecha); Pavel Štěpánek, *Enrique Stanko Vráz, Viajero Checo del Siglo XIX en Venezuela*. In: *Ibero-Americana Pragensia*, XXVIII-1994 y XXIX-1995, pp. 111-126 y 101-122.